

se cubrieron con su honradez para que no hubiese dificultad en nombrarle ministro, y contaron con su condescendencia y con la debilidad de su carácter para sacar de él todo el partido que quisiesen. Brissot destinó para ministro de Hacienda á Claviere, economista ginebrino, expulsado de su país, pariente y amigo de aquél, avezado á la intriga y émulo de Necker, adiestrado y engrandecido por Mirabeau con el intento de oponerle como rival á aquel ministro, que le era tan odioso. Por lo demas, este hombre no era ni republicano ni monárquico, y sólo buscaba en la revolucion un papel que le produjese ventajas positivas. En su alma no se abrigaba ningun género de escrúpulo, y se hallaba al nivel de todas las situaciones y á la altura de todos los partidos. Los girondinos, hombres enteramente nuevos en el manejo de los negocios, necesitaban valerse para desempeñar los ministerios de Guerra y de Hacienda de hombres que no fuesen sino unos instrumentos que ellos pudiesen manejar á su antojo. Claviere se hallaba en este caso. En Guerra contaban con Grave, que habia sucedido en el ministerio á Mr. de Narbona, y que tenia relaciones públicas de afinidad con los girondinos. Este hombre, adicto á la Constitucion y al rey, se esforzaba por unir los girondinos al trono, y esperaba conseguirlo y salvar á la vez la Constitucion y el rey, confiado en su amistad con Gensonné, con Vergniaud, con Guadet, con Brissot, y hasta con el mismo Danton. Como jóven, tenia todas las ilusiones propias de aquella edad; como constitucional, obraba con toda la sinceridad de su conviccion; pero débil y enfermizo, era más á propósito para concebir que para ejecutar, y no puede considerársele sino como á uno de aquellos hombres que son útiles en ciertas y determinadas circunstancias, pero que no son capaces de impedir que las cosas pasen más adelante del término que ellos se han propuesto.

El principal ministro entre todos los elegidos, y en cuyas manos iba á verse la suerte de la patria y á reasumirse toda la política de los girondinos, era el que habia reemplazado al desdichado Lessart en el ministerio de Negocios extranjeros. El negocio más urgente para el partido de la Gironda era romper con Europa; necesitaba para esto un hombre que dominase al rey, que burlase las tramas secretas de la corte, que conociese los misterios de los gabinetes europeos y que, dotado de habilidad y resolucion, supiese forzar á un mismo tiempo á nuestros enemigos á declarar la guerra, á los amigos dudosos á que permaneciesen neutrales, y á los partidarios secretos de Francia á que se aliasen con ella. Los girondinos buscaban por todas partes un hombre que reuniese las condiciones apetecidas, y no tardaron en dar con él.

LIBRO TRECE.

Dumouriez.—Su retrato.—Dificultades de la situacion de Roland.—Dumouriez mediador entre el rey y la nacion.—Consejos que da á la reina.—Preséntase en los Jacobinos.—Pónese el gorro encarnado y abraza á Robespierre.—Escrito del rey á la Asamblea.—El rey acepta el nuevo ministerio.—Armonía aparente en el Consejo.—Reunion de los girondinos en casa de madama Roland.—Carta confidencial de Roland al rey.—Relaciones secretas entre palacio, Vergniaud, Guadet y Gensonné.—Disensiones entre Dumouriez y los girondinos.—Dumouriez trata de unirse á Danton.—Antagonismo de Brissot y de Robespierre.—Discursos de uno y otro.

I.

Dumouriez era el genio audaz y hábil que buscaban los girondinos, y sin embargo, habia vivido desconocido hasta entónces, sin poder prometerse hacer fortuna á no ser por un capricho de la suerte. Los que le habian buscado con tanto afan creian que su nombre no llegaria jamás á hacerles sombra, y estaban resueltos á deshacerse de él y á tratarle sin compasion, dado caso que saliesen fallidos sus cálculos. Brissot, que era el oráculo diplomático de la Gironda, parecia señalado para desempeñar definitivamente el ministerio de Negocios extranjeros, que se proponia dirigir de antemano, siendo Dumouriez únicamente el ministro ostensible del ramo.

Los girondinos habian dado con él por conducto de Gensonné, colega de Dumouriez en la mision que la Asamblea constituyente habia confiado á los dos, de ir á examinar el estado en que se hallaban los departamentos del Oeste, agitados ya por un presentimiento sordo de la guerra civil y por los primeros disturbios en materia de religion. Estos dos hombres habian tenido motivos de tratarse con intimidad en los meses que habia durado su comision, y de comunicarse mutuamente sus ideas respecto á los sucesos que agitaban los espíritus á la sazón. Este trato tan frecuente habia hecho que se conociesen perfectamente uno á otro. Gensonné, hombre de discernimiento, habia reconocido en su asociado uno de aquellos genios ocultos en la oscuridad por efecto de las circunstancias, pero capaz de brillar en cuanto apareciese en público; tambien habia descubierto en él un temple de alma suficientemente fuerte para dirigir la accion de una revolucion, y asaz elástico para doblarse á todas las dificultades que ofrecen los negocios. En una palabra, Dumouriez habia ejercido sobre Gensonné desde el dia que se conocieron aquel ascendiente y aquel dominio que una superioridad que se esconde no deja jamás de ejercer sobre los espíritus de aquellos á quienes se manifiesta sin rebozo y tal cual es en sí.

Esta seduccion, especie de confidencia del genio, era uno de los rasgos distintivos del carácter de Dumouriez. Con ella conquistó más tarde á los girondinos, al rey, á la reina, al ejército, á los jacobinos, á Danton y hasta al mismo Robespierre.

A esto es á lo que los grandes hombres llaman su estrella, estrella que marcha delante de ellos y que les prepara los caminos. La estrella de Dumouriez era la seducción; pero esta misma seducción no era sino la fuerza de unas ideas justas, abundantes y rápidas, en cuya órbita la increíble actividad de su espíritu hacía girar el espíritu de los que le oían ó le veían obrar. Gensonné, al volver de la comisión de que hemos hablado, había querido enriquecer su partido dándole este hombre desconocido cuya futura grandeza presentía ya. En consecuencia, le presentó á todos sus amigos, á quienes no ocultó la sorpresa y la confianza que le habían inspirado las grandes facultades que había descubierto en Dumouriez, ya como diplomático, ya como militar. Háblóles de él como de un salvador oculto que el destino preparaba á la libertad. Al mismo tiempo les exhortó á unirse á aquel hombre, que les engrandecería, engrandeciéndose él por su medio.

Apénas le hubieron visto, cuando quedaron convencidos de la exactitud de cuanto les había dicho Gensonné. El espíritu de este hombre era eléctrico y hería ántes que hubiese tiempo de entrar en discusión con él. Los girondinos le presentaron á Grave, y éste al rey. Luis XVI le propuso la interinidad del ministerio de Negocios extranjeros hasta tanto que, habiendo probado Mr. de Lessart su inocencia, pudiese volver á ocupar su puesto en el Consejo. Dumouriez se negó á aceptar una interinidad que le inutilizaba con todos los partidos y le hacía sospechoso á todos ellos. El rey cedió, y Dumouriez fué nombrado ministro.

La historia debe detenerse un momento ante este hombre, que sin tomar el título de dictador ejerció por espacio de dos años sobre Francia moribunda la dictadura ménos cuestionable de todas ellas: la del genio. Dumouriez fué uno de aquellos hombres que no se pintan sólo con nombrarlos, que tienen en lo pasado el secreto de su porvenir, y cuya existencia, como la de Mirabeau, está repartida en dos épocas que tienen sus cimientos en distintos suelos y que no pueden conocerse sino detallándolos.

Dumouriez era hijo de un comisario de guerra, y había nacido en Cambrai en 1739. Aunque su familia vivía en el Norte de Francia, era oriunda del Mediodía, de Aix, en Provenza. Su padre, literato y militar á la vez, le dió una educación que pudiese convenir á ambas carreras, y un tío suyo, oficial del ministerio de Negocios extranjeros, le inició, siendo muy jóven, en la diplomacia. Dotado Dumouriez de un espíritu fuerte y flexible á la vez, á todo se prestaba, y tan apto para obrar como para discurrir, pasaba sin violencia de una cosa á otra segun lo exigían las circunstancias. Había en él la flexibilidad de genio de los griegos en la época de la democracia ateniense. Desde muy jóven se dedicó especialmente al estudio de la historia, de ese poema de los hombres de acción, y Plutarco fué uno de los autores preferidos por él, que quería modelarse por las figuras antiguas, pintadas por aquel historiador con tanta verdad. En sus héroes descubría el ideal de su propia vida, y los distintos papeles de aquellos grandes hombres los escogía alternativamente y los desempeñaba en sueños, dotado por la naturaleza de un carácter tan á propósito para representar el que mejor le acomodase, que puede decirse que hubiese desempeñado con la misma propiedad el de Aristipo que el de Temístocles, el de Escipion como el de Coriolano. Unia á sus estudios los ejercicios militares, y tan hábil en el manejo de la espada como intrépido para domar un caballo, ejercitaba con tan buen éxito sus fuerzas corporales como las facultades de su

inteligencia. Demóstenes, á costa de mucha paciencia había logrado corregir su tartamudez y hablar tan claro como cualquiera otro hombre. Dumouriez, á pesar de ser de un temperamento débil y enfermizo, logró por su constancia fortalecer su cuerpo hasta hacerle apto para sufrir las fatigas de la guerra. La actividad ambiciosa de su alma necesitaba prepararse de este modo el instrumento que había de servir más tarde á su elevación.

Rebelde nuestro héroe á la voluntad de su padre, que quería que entrase en la secretaría de la Guerra, obtuvo una charretera en un regimiento de caballería, profesión más de su agrado que la de manejar la pluma. Hizo la campaña de Hanover, de ayudante de campo del mariscal de Armentieres, y en una retirada arrancó una bandera de manos del que huía con ella, reunió doscientos caballos á su inmediación, y salvó una batería de cinco piezas, protegiendo con aquel puñado de valientes el paso del ejército. Habiéndose quedado casi solo á retaguardia, aún se defendió desesperadamente detras de su caballo, muerto en la refriega, desde donde hirió á tres húsares enemigos. Por fin, acribillado de balazos y de sablazos, con dos dedos ménos en la mano derecha, descalabrado, casi ciego de un fagonazo y con una pierna presa debajo del caballo, fué hecho prisionero por el baron de Beker, que le salvó la vida en consideración á su bizarría y le hizo transportar al campamento inglés.

Su juventud y temperamento hicieron que se hallase restablecido al cabo de dos meses. Destinado á formarse para la victoria con el ejemplo de las derrotas é impericia de nuestros generales, tocóle reunirse á los mariscales de Soubise y de Broglie, por cuya causa presencié todos los desastres que debe Francia á la envidiosa rivalidad de aquellos dos generales.

Hecha la paz, fué á reunirse con su regimiento, que estaba de guarnición en Saint-Lo; pero al pasar por Pont-Audemer, en donde vivía una hermana de su padre, las gracias de una prima suya, hija de aquella señora, le hicieron apasionarse de ella; ésta le correspondió por su parte, y se hubiera verificado la unión de los dos amantes á no haberse opuesto á ella el padre de Dumouriez. Desesperada la jóven en vista de este contratiempo, entró en un convento, de donde juró arrancarla Dumouriez. Dirigiase allí con este intento, pero apoderándose de él en el camino una tristeza que no pudo dominar, compró en Dieppe una gran cantidad de opio, y encerrándose en su cuarto, escribió una carta de despedida á su amante, y otra á su padre reconviniéndole por lo que se veía obligado á ejecutar, é inmediatamente se envenenó. Salvóle su buen temperamento por segunda vez, y arrepentido de lo que había hecho, fué á echarse á los piés de su padre, y obtuvo de éste el perdón que solicitaba.

A los veinticuatro años, y despues de siete campañas, lo único que había sacado de ellas era veintidos heridas, una cruz, el grado de capitán, una pensión de seiscientas libras, muchas deudas, y un amor sin esperanza, que martirizaba continuamente su alma. Aguijoneada su ambición por éste amor, le hizo buscar en la política una posición que la guerra no había querido proporcionarle.

II

Había entónces en París uno de esos hombres enigmas que son á la vez medio intrigantes y medio hombres de Estado, subalternos anónimos que desempeñan